

LAS ENTRAÑAS DE LA BESTIA

**LA FÁBRICA DE DINERO
EN EL CAPITALISMO DESQUICIADO**

.....

ALFREDO APILÁNEZ



entelequia, nº 5

ISBN: 978-84-121232-6-5
Depósito Legal: M-25444-2021
Materia IBIC: KCA – KCP – JHB

© Alfredo Apilánez
© 2021 Dado Ediciones
Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Primera edición: noviembre 2021
Título: *Las entrañas de la bestia. La fábrica de dinero en el capitalismo desquiciado*

Autor: Alfredo Apilanez
Colección: entelequia, nº 5
Maquetación y corrección: Dado Ediciones
Diseño de cubierta: Claudia Jaramillo
Tipografía: Lovelo, diseño de Hans Rezler; Linux Libertine y Linux Biolinum
Producción gráfica: Gráficas de Diego

DADO Ediciones
C/ Suecia, 100, 2
28022 Madrid
dadoediciones@gmail.com | @DadoEdiciones
<http://www.dadoediciones.org>

ÍNDICE

Prefacio	5
Introducción	7
1. El dinero como capital	39
1.1. La «nueva determinación»	41
1.2. Las falacias de la ortodoxia	52
1.2.1. El dinero-lubricante	52
1.2.2. El remiendo keynesiano	59
1.3. La decadencia del dinero-capital	65
2. Los pilares de la fábrica de dinero	73
2.1. La criatura de la isla de Jekyll	75
2.1.1. El «Gran Experimento»	75
2.1.2. La sagrada independencia	85
2.1.3. La máquina de succión	89
2.2. La prehistoria de la criatura de Jekyll	97
2.3. Del «puro aire»	107
2.3.1. ¡No debemos descorrer esa cortina!	107
2.3.2. Expropiación financiera	128
2.3.3. Guerra contra el efectivo	135
3. La construcción de la fábrica de dinero moderna	141
3.1. El ascenso a la cúspide de la criatura de Jekyll	143
3.1.1. Un oscuro y secreto banco suizo	148
3.2. La gran lección de 1929	153
3.2.1. El mito del New Deal	163
3.3. El íterin de los «Treinta gloriosos»	167
3.3.1. La represión financiera	170
3.3.2. El final del hechizo	175
3.4. El Nixon Shock	180
3.4.1. El privilegio exorbitante	187
3.4.2. Geofinanzas imperiales	189
3.5. Cebando las entrañas de la bestia	193
3.5.1. El shock de Volcker	191
3.5.2. La criatura de Maastricht	197
3.5.3. La madre de todas las burbujas	200
3.5.4. La muerte del M3	214
3.6. La «omnipotencia» de la fábrica de dinero	217

3.6.1. Un trasunto del doctor Frankenstein	217
3.6.2. ¿Omnipotencia o impotencia?	228
3.6.3. El desmoronamiento del minotauro a la europea	230
3.7. Estación <i>termini</i>	239
3.7.1. Capitalismo patológico	239
3.7.2. Más dura será la caída	246
4. Los «mamporreros»	253
4.1. «Mamporreros» ideológicos	255
4.1.1. El tótem de la inflación	255
4.1.2. El azote del monetarismo	263
4.1.3. ¿Hay un desempleo «natural»?	268
4.1.4. El rentismo desquiciado	274
4.2. «Mamporreros» institucionales	279
4.2.1. Miscelánea de fascismo financiero	279
4.2.2. Doctrina del shock en el Cono Sur	288
4.2.3. La bancarrota de la socialdemocracia	292
4.2.3.1. Francia, 1981. La genuflexión de la <i>grandeur</i>	293
4.2.3.2. España, 2010. Zapatero, con cara de suicida	295
4.2.3.3. Grecia, 2015. El gran <i>rifiuto</i> de la «nueva izquierda radical»	300
5. La irreformabilidad del sistema	305
5.1. ¿Puede retornar el «genio malo» a la botella?	307
5.1.1. La tragedia del reformismo histórico	307
5.1.2. La vana ilusión de los reguladores: poner a «dieta» al capitalismo	314
5.2. Curanderos monetarios: ¿puede usarse el dinero para cosas buenas?	326
5.2.1. Excéntricos del dinero seguro	326
5.2.2. Excéntricos libertarios: las criptomonedas	333
5.2.3. El atractivo «rockero» de la TMM	338
6. ¿Cómo hacer frente al capitalismo desquiciado?	353
6.1. Por una política de lo extraordinario	355
6.2. <i>Pecunia delenda est</i>	369
Posfacio pandémico	379
Bibliografía comentada	405
Glosario	431

LAS ENTRAÑAS DE LA BESTIA

**LA FÁBRICA DE DINERO
EN EL CAPITALISMO DESQUICIADO**

ALFREDO APILÁNEZ

PREFACIO

Antes que nada, es menester hacer una advertencia al lector: este libro está escrito por un *outsider*. Tan impúdica observación me parece pertinente únicamente para resaltar que su autor no tiene relación con ninguna institución académica ni tiene tampoco ninguna experiencia profesional como economista, ni en el ámbito financiero ni en ningún otro. Tan acusado desvalimiento curricular tiene una ventaja y un inconveniente. La ventaja es la libertad resultante de no tener que responder a ninguna clase de corporativismo académico o de servidumbre profesional –máxime tratándose de un ámbito en el que la hegemonía de la ortodoxia económica es abrumadora y los enfoques críticos son condenados sin remisión al ostracismo– y la ausencia consiguiente de las restricciones y formalidades que suelen comportar los trabajos académicos o especializados. Por tanto, esta investigación no respeta las rígidas –y artificiales, en su mayor parte– líneas de demarcación que se pretenden delinear entre las distintas disciplinas que componen lo que comunmente se conoce como ciencias humanas o sociales y transita a través de todas ellas con un afán integrador.

Y el principal inconveniente ha sido sin duda la imposibilidad de someter al preclaro juicio de los especialistas del ámbito de la heterodoxia económica –haberlos haylos– algunos aspectos técnicos, teóricos o históricos que sin duda con su examen crítico se habrían podido mejorar. No ha habido por tanto, desgraciadamente, «revisión por pares» ni tarea de equipo en su elaboración. Para tratar de paliar al máximo esta carencia he procurado, siempre que me ha sido posible –de ahí el número, quizás excesivo, de citas y notas–, corroborar minuciosamente cada paso con las referencias bibliográficas adecuadas. Queda a juicio del lector si el empeño ha sido suficiente.

Otra consecuencia de lo anterior es que el obligado capítulo de agradecimientos puede resultar inusualmente escueto. Para alguien que cree profundamente en la importancia del trabajo colectivo, ello no puede ser en absoluto motivo de satisfacción, pero las circunstancias referidas lo hicieron inevitable. A pesar de lo expuesto, creo de elemental justicia expresar mi gratitud a los que han puesto siquiera un

granito de arena para que esta empresa arribara a buen puerto.

Este libro debe su existencia a la «temeraria» propuesta de su editor, el profesor e investigador universitario Mario Domínguez. A él –con agradecimiento infinito por su paciencia de Santo Job con un neófito plumi-lla– tiene que ir el primer reconocimiento, por su absoluta confianza y sus sapientísimos consejos en todo el proceso de gestación del libro. Tampoco existiría el resultado de mis desvelos sin los buenos oficios de Daniel Prieto, que tuvo a bien ejercer de divulgador de mi trabajo y poner la «semillita» de la que germinó el proyecto que culminó en este libro.

Algunos amigos cualificados han leído partes del manuscrito y han dado su preclaro parecer sobre aspectos mejorables del texto. El compañero Salva Torres tuvo la extraordinaria generosidad de revisar extensos pasajes y transmitirme sus certeras matizaciones. Carlos Rodríguez ha sido asimismo atento lector de mis textos y sus siempre enjundiosas aportaciones y calurosos ánimos han sido un constante estímulo. También tengo que mencionar al compañero Miguel Ángel Llana, atento lector y divulgador de mis textos, así como a Salvador López Arnal, al que nunca podré agradecer suficientemente la atentísima disposición que siempre ha mostrado a publicar y difundir mis escritos y cuyas cariñosas valoraciones han sido enormemente estimulantes.

No puedo dejar de expresar tampoco mi agradecimiento a Jesús Aller, al que corresponde la idea original del título del libro. En una cariñosa dedicatoria de uno de sus preciosos poemarios, se refería a mi persona como alguien «que lee las entrañas de la bestia». Sólo me cabe esperar no haber desmerecido del todo tan generosa descripción.

En un esfuerzo bastante solitario como el descrito siempre es esencial el apoyo de las personas más próximas que, además de ser pacientes receptáculos de los desvelos y cavilaciones que acompañan al arduo proceso de gestación de la «criatura», proporcionan consejos y críticas siempre pertinentes. Espero no desmerecer a nadie si menciono en particular en este ámbito a María Bobes, por su acompañamiento y estímulos, y a mi querido progenitor, atento lector así como implacable y meticuloso crítico de mis escritos.

Y por último, como mandan los cánones, resaltar que a ninguno de los mencionados son achacables, ni por asomo, las múltiples deficiencias que pueda tener el producto final.

INTRODUCCIÓN

«El dinero, en cuanto tiene la propiedad de comprarlo todo, de apropiarse de todos los objetos, es, pues, el objeto por excelencia. Es la alcahueta entre la necesidad y el objeto, entre la vida humana y su medio de subsistencia».

Carlos Marx

«Durante una de las sesiones de la Escuelita zapatista, una maestra se paró en medio de su explicación y presentó dos bolsas, una con monedas y otra con maíz. La conclusión de la lección fue: el maíz es vida y el dinero muerte».¹

La anécdota la relata Jérôme Baschet, autor del iluminador texto «Adiós al capitalismo» y conocedor profundo del proceso de construcción de la autonomía zapatista.²

«En los comunicados zapatistas, resulta omnipresente la crítica del mundo del dinero y el culto que se le rinde al Dios Dinero en el reino del capital. Si bien son conscientes de los límites que la realidad sistémica capitalista impone hoy en día a la autonomía, *los zapatistas han avanzado notablemente en la construcción de un mundo en el cual las relaciones sociales dejen de pasar, en lo esencial, por el dinero.* La autonomía zapatista, en lo que se refiere a la educación, la salud, la justicia y las instancias de gobierno, ha logrado avances impresionantes sin recurrir a la forma-salario y de manera ampliamente desmonetizada».³

¿Resulta extrapolable –o incluso deseable– este impulso decidido hacia la extinción de la relación monetaria a nuestras hipercomplejas e interconectadas sociedades «desarrolladas» o, por el contrario, representa un reducto de utopismo ensoñador destinado a la irrelevancia y a la extinción paulatina?

1. Jérôme Baschet, «En camino fuera del mundo del dinero. Apuntes sobre la autonomía zapatista», *Herramienta*, n° 57, 2015. Disponible en línea: <https://biblat.unam.mx/hevila/HerramientaBuenosAires/2015/no57/8.pdf>.

2. Jérôme Baschet, *Adiós al capitalismo. Autonomía, sociedad del buen vivir y multiplicidad de mundos*, Buenos Aires, Futuro Anterior, 2014. Sobre esta extraordinaria experiencia de más de 25 años de construcción de autonomía y de resistencia, contra el Estado y el Capital, entre los pueblos originarios del sureste mexicano, véase el libro colectivo, *La Escuelita zapatista*, Guadalajara, Grietas editores, 2014.

3. Jérôme Baschet, 2015, *op. cit.*, cursivas mías.

O, yendo al fondo del asunto, ¿está justificada una condena tan rotunda del elemento más importante de la vida social en el reino del capital, que justifique su extirpación de las relaciones sociales en pos de la extinción de la división del trabajo basada en la propiedad privada de los medios de producción? ¿Habría acaso posibilidades intermedias, que asignaran al «objeto por excelencia» potencialidades emancipadoras, mediante las adecuadas reformas de su mecanismo de generación y de sus funciones en el organismo económico? ¿O, por el contrario, porta el dinero en su esencia de equivalente universal del valor de cambio de las mercancías el veneno corrosivo de la explotación del hombre por el hombre?

Planteemos, en primer lugar, un hecho irrefutable.

Nunca antes en la historia humana ha sido mayor la brecha entre, por un lado, la capacidad potencial de producir bienes y servicios para proporcionar un nivel de vida digno a todos los seres humanos, con tecnologías y recursos sostenibles ecológicamente y, por otro, las deplorables condiciones reales de vida de una gran parte de la población mundial en un contexto de destrucción acelerada del medio natural.

¿Por qué razón entonces las condiciones de vida de la mayor parte de la población mundial se encuentran cada vez más amenazadas, a pesar de las enormes posibilidades que ofrecen los avances científicos y técnicos, factibles gracias al formidable aumento de la productividad del trabajo bajo la égida del capital?

Se trata, ciertamente, de una pregunta retórica. El actual modo de producción y de distribución de la riqueza social, de cuyo engranaje profundo el dinero –su forma de creación y de inyección en los flujos económicos– es un elemento esencial, es el responsable de esa brecha creciente entre la posibilidad cierta de satisfacción de los estándares básicos de dignidad de la vida humana y las atroces desigualdades reinantes en nuestras sociedades «desarrolladas».⁴

4. Precisamente la función ideológica legitimadora del orden capitalista que ejerce la teoría económica ortodoxa se manifiesta de forma meridiana en su tratamiento del problema fundamental al que debería enfrentarse la economía: la forma de producción y de distribución de la riqueza social.

Según la definición canónica de Robbins, la economía es «La ciencia que estudia la utilización óptima de los recursos escasos, susceptibles de usos alternati-

Sin embargo, tal constatación no deja de estar envuelta en múltiples paradojas.

¿Por qué el capitalismo es, por un lado, tan capaz de estimular el progreso de la ciencia, la tecnología y la productividad del trabajo y, simultáneamente, se muestra tan incapaz de traducir este indudable progreso humano en mejoras duraderas en los niveles de vida de la gran mayoría de la población? ¿Por qué las tasas positivas de crecimiento de la economía global, interrumpidas bruscamente por crisis de redoblada virulencia, van acompañadas de niveles agudos de desigualdad de rentas y de riqueza y del estancamiento crónico de las retribuciones salariales de la mayoría de los trabajadores? ¿Y por qué el capitalismo actual, de forma especialmente evidente en los países ricos, infrutiliza los talentos y las energías de millones de personas que, en lugar de contribuir a la generación de la riqueza social, engrosan las cifras del desempleo crónico o son relegadas a la condición de «precariado» o de población «excedente»?

Arduas cuestiones como las anteriores justifican, incluso tras un análisis superficial, la legitimidad de concluir que el actual modo de producción y distribución de los frutos del trabajo humano ha fracasado en su cometido de proporcionar unos mínimos niveles de bienestar y de justicia distributiva a la colectividad social.

Por si esto fuera poco, la prueba concluyente de la completa inviabilidad del actual modo de «producción-destrucción» se revela en la incapacidad manifiesta del sistema de la mercancía para detener el choque violento, en palabras de Jorge Riechmann, «de la sociedad industrial con los límites biofísicos del planeta».⁵

vos». Sin embargo, como precisa Orduna Díez: «Si se supone que lo fundamental del concepto de economía está en la «generación y distribución de la riqueza» tampoco tiene sentido decir que los recursos son «escasos», pues, es evidente, que la riqueza que se produce en el mundo cada año es más que suficiente para atender a todas las necesidades de subsistencia y progreso de la humanidad». Según el informe anual de la FAO de 1998 bastaría con que las naciones desarrolladas dedicaran el 10% de lo que dedican anualmente a la industria armamentista para que pudiera acabarse con el hambre en el mundo. Luis Orduna Díez, «Análisis del concepto de Economía: la falacia de Robbins», *Cuadernos de Estudios Empresariales*, 2004, núm. 14, pp. 143-177. Disponible en línea: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1301205>.

5. Jorge Riechmann, *Frente al abismo*, Papeles de relaciones Ecosociales y Cam-

Frente a la idea de progreso, característica de la edad de oro decimonónica y reflejada incluso en la confianza marxiana en la facultad prometeica del desarrollo imparable de las fuerzas productivas bajo la égida del capital como «partera» del socialismo, la acerba realidad actual remite, bien al contrario, a una espiral degenerativa impulsada por las crecientes agresiones perpetradas contra las condiciones de vida de las clases trabajadoras y el malhadado entorno natural. Como expresaba gráficamente Paul Sweezy, «si las tendencias presentes continúan operando, será sólo cosa de tiempo que la especie humana torne completamente asqueroso su propio nido».

A partir de estas constataciones, queda sin embargo por abordar lo más importante: desentrañar los mecanismos a través de los que el sistema capitalista se revela cada vez más inicuo como forma de organización social, como *conditio sine qua non* de las condiciones de posibilidad de la construcción de un mundo nuevo. Resulta por tanto perentorio comprender los deletéreos procesos económico-sociales en curso, si se aspira a tener la capacidad de transformarlos en un sentido socialista.

La vieja sentencia marxiana acerca de la contradicción insoluble entre el descomunal desarrollo de las fuerzas productivas –«productivo-destructivas» matizaba, certeramente, Manuel Sacristán– y las, cada vez más degradadas, relaciones de producción adquiere pues renovada vigencia en el escenario distópico del capitalismo desquiciado.⁶ Es necesario, empero, ir más allá e indagar en las recientes

bio global, N° 115, 2011, pp. 27-48. Disponible en línea: https://www.fuhem.es/papeles_articulo/frente-al-abismo/

Sirva el texto anterior como botón de muestra de las múltiples publicaciones y conferencias en las que Riechmann ha desarrollado esta tesis.

6. «El problema es cómo reaccionar políticamente ante la presente tensión entre las fuerzas productivo-destructivas en desarrollo y las relaciones de producción existentes. Y lo principal de la solución que me parece adecuada consiste en alejarse de una respuesta simplista que se base en una confianza inalterada en el sentido emancipatorio del desarrollo de las fuerzas productivo-destructivas. Si se quiere formular esto de forma más filosófica, se podría sugerir que se trata de romper con el resto de hegelianismo que empuja a confiar en las supuestas leyes objetivas del desarrollo histórico. Por el contrario, habría que entender que un programa socialista no requiere hoy (quizá no lo requirió nunca) primordialmente desarrollar las fuerzas productivas, sino controlarlas, desarrollarlas o frenarlas selectivamente». Gabriel

transformaciones del mecanismo profundo de la acumulación de capital para tratar de identificar los rasgos novedosos causantes de su deterioro acelerado.

No es tarea ni mucho menos sencilla. Son patentes las dificultades de comprensión y el consiguiente desconcierto que surge cuando se trata de identificar las causas –¡y qué decir de las propuestas de remedios!– de este proceso degenerativo que impregna todos los ámbitos de la vida social.

Tan desasosegantes percepciones se derivan de un hecho extraordinariamente relevante y a la vez profundamente ignorado: los abismales niveles de desigualdad de rentas y de riqueza, la degradación de las condiciones de trabajo, la proliferación de conflictos imperialistas por el control de los menguantes recursos del planeta, la destrucción acelerada de la naturaleza o la llamada crisis de la democracia y el ascenso de los nuevos fascismos en las sociedades «avanzadas» son, en realidad, síntomas de un proceso más profundo.

Pero para comprenderlo es imperioso tratar de desentrañar los rasgos principales de la evolución de la acumulación de capital en las últimas décadas. E inmediatamente se constata una mutación esencial en sus engranajes que da pie a una fisonomía diferente en la configuración de la matriz de rentabilidad del capitalismo actual.

Y el modo de producción del dinero y de la deuda en manos privadas tiene mucho que ver en ello.

Sin duda podríamos afirmar, sin menoscabo de la primacía de la sala de máquinas de la explotación del trabajo humano en la evolución de la corriente profunda de las relaciones económicas y en la lucha por la distribución del excedente generado en el proceso productivo, que la forma en la que se generan y se distribuyen el dinero y su hijastra, la deuda, a lo largo de las venas y los nervios de los circuitos económico-financieros, es la clave de bóveda de la infraestructura del mecanismo actual de sostenimiento de la reproducción del capital: las entrañas de la bestia.⁷

Vargas Lozano y Jorge Rendón Alarcón, «Manuel Sacristán habla con Dialéctica», *Dialéctica*, N° 13, junio 1983, pp. 97-119. Disponible en línea: <https://marxismocritico.files.wordpress.com/2013/05/vargasloz.pdf>.

7. En cuanto a la preeminencia, histórica y funcional, del dinero o de la deuda,

De ello se desprenden cuestiones cruciales para poder desentrañar los estrechos lazos que existen entre la degradación acelerada que padecen nuestras sociedades y las profundas transformaciones acaecidas en la matriz de rentabilidad que sustenta la acumulación de capital, particularmente en el último medio siglo de hegemonía neoliberal.

¿Qué papel tiene el modo de producción y de circulación del dinero, el «objeto por excelencia» de la vida social, en la trayectoria degenerativa y en la condición crecientemente depredadora de la acumulación de capital en la fase neoliberal?

¿Cuál es la relación entre la enorme montaña de deuda que, sin contar con el agujero negro que representa la banca en la sombra, asciende a casi cuatro veces la riqueza real generada en la economía mundial, y el imparable crecimiento de la desigualdad de rentas y de riqueza al que asistimos actualmente?

¿Representa por tanto la «máquina de succión» de riqueza real que encarna el sistema financiero el símbolo máximo de un sistema desquiciado, en el que la satisfacción de las necesidades humanas básicas se aleja cada vez más de la realidad, a pesar del desarrollo continuo de los medios de producción y del progreso tecnológico sin precedentes?

Del simple planteamiento de las anteriores cuestiones se infiere, en primera instancia, una constatación: es en la esfera financiera donde se manifiesta más agudamente, de forma sintomática, la insolubilidad de las formidables contradicciones insertas en el capitalismo

compartimos, frente al cartalismo en el que se basa la Teoría Monetaria Moderna (Véase más adelante el punto 5.2.3.), la opinión de Lapavitsas acerca de la primacía del dinero sobre el crédito:

«Huelga decir que esta se basa en el hecho de que el dinero es una categoría —a priori— más importante que el crédito. Según Marx, se debe establecer la categoría del dinero en la teoría (y en la realidad) para que la categoría del crédito tenga contenido teórico (y real). En este sentido, Marx destacó que las crisis capitalistas implican por lo general que el sistema crediticio quede reducido al sistema monetario, que subyace como la fundamentación del sistema de crédito. La escasez de dinero es un rasgo característico de las crisis crediticias, lo que refleja el carácter primigenio y fundamental del dinero en comparación con el crédito». Costas Lapavitsas, *Beneficios sin producción. Cómo nos explotan las finanzas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016, p. 145.

actual. La llamada financiarización sería pues, fundamentalmente, un «marcador» de la exacerbación del carácter degenerativo del capitalismo tardío.

La «exuberancia irracional» de las finanzas modernas caracteriza una acusada metamorfosis de la acumulación de capital que, a pesar de su carácter derivado de la fuente real de la que mana la riqueza social, ejerce, mediante su aparente capacidad de multiplicar *ad infinitum* los «hilillos de plusvalía» por la nebulosa del casino financiero global, una influencia decisiva en la evolución, cada vez más anárquica y explosiva, del capitalismo contemporáneo.

«Las finanzas dan forma a un sistema distinto gracias a su influencia en la trayectoria del conjunto de la acumulación capitalista. *El sistema financiero no es ni un complemento menor ni una protuberancia parasitaria, sino una parte esencial de la economía capitalista que sostiene la acumulación*».⁸

Tombazos resalta la esencia contradictoria de la huida hacia adelante que representa el protagonismo creciente de las finanzas en la acumulación de capital:

«La reproducción neoliberal del capital sólo logrará mantenerse con el apoyo de políticas económicas que provoquen nuevas burbujas y catástrofes sociales. Vivimos en el callejón sin salida de un patrón reproductivo dominado por el capital monetario, cuya existencia sólo es posible a costa de graves recesiones periódicas, regresiones sociales y crisis políticas».⁹

A semejanza de un atleta dopado, que potencia su velocidad y resistencia a costa de disparar los riesgos para su salud y su supervivencia, el capitalismo desbocado por el dopaje financiero corre aceleradamente hacia el abismo, con recursos y fuerzas sin precedentes, a me-

8. Ibíd., p. 77, cursivas mías.

9. Stavros Tombazos, *Global Crisis and Reproduction of Capital*, Palgrave Insights into Apocalypse Economics, 2019. Tomado de Michel Husson, «Stavros Tombazos y la discordancia de los tiempos», *Viento Sur*, 6-3-2019. Disponible en línea: <https://vientosur.info/spip.php?article14645#sdfootnote2sym>.

dida que su basamento –la acelerada explotación del hombre y de la naturaleza– se torna más precario.

El filósofo de la autonomía, Cornelius Castoriadis, enfatiza la condición autodestructiva de un modo de producción que, sin capacidad de «autolimitarse», deviene un artefacto suicida:

«La sociedad capitalista es una sociedad que corre hacia el abismo, desde todos los puntos de vista, porque no es capaz de autolimitarse».¹⁰

El casino financiero global representa, en definitiva, el epítome de esta desenfrenada carrera del sistema de la mercancía hacia el abismo ecológico y social.

La propensión de las grandes corporaciones a invertir cada vez una menor proporción de sus beneficios en actividades productivas, desviándolos hacia el enorme globo financiero, subraya el carácter sistémico y crónico de las crisis y cuestiona los mecanismos esenciales de este modo de producción, evidenciando su condición patológica y su tendencia degenerativa.

El origen de esta crisis perenne reside, por lo tanto, en el fondo, en la separación creciente que existe entre las necesidades sociales de la humanidad y los criterios propios del sostenimiento de la rentabilidad del capital. Y las finanzas son la cuña que ensancha esa sima.

La demanda social se basa en mercancías que no son susceptibles de producirse con el máximo de rentabilidad. De este modo, los aumentos de productividad resultantes de las nuevas tecnologías conducen a una oferta de mercancías que cada vez está menos en correspondencia con la ascendente demanda social de bienes básicos: salud, educación, vivienda, cuidados, etc. El capitalismo se halla pues, al menos en su centro neurálgico del llamado Primer Mundo, bloqueado en su dinamismo más profundo, incapaz de autoexpansión mediante el circuito económico «saludable» de la inversión productiva.

El mecanismo se encasquilló. Y el modo de generación e inyección en las venas y los nervios del organismo económico del dinero y

10. Cornelius Castoriadis, «Contra el conformismo generalizado», *Le Monde Diplomatique*, n° 33-34, Valencia, agosto-septiembre 1998. Disponible en línea: <https://lapeste.org/2014/04/contra-el-conformismo-generalizado-cornelius-castoriadis/>

de la deuda es una de las claves para dar cuenta de las causas de esa acelerada putrefacción.

El capitalismo es, esencialmente, una producción de «valor» –la plétora de mercancías de la que hablaba Marx al comienzo de *El Capital*– que se representa en dinero, el «equivalente universal». En la producción capitalista, sólo lo que permite conseguir dinero, a través de la realización del valor de cambio de las mercancías, tiene interés económico y merece por tanto llevarse a cabo mediante el proceso productivo. Esto no se debe en absoluto a la codicia de unos capitalistas malvados. Deriva del hecho esencial de que sólo el trabajo –o mejor, la fuerza de trabajo, la mercancía *par excellence* del modo de producción capitalista– puede atribuirle «valor» a las mercancías. Pero este hecho medular entraña en sí mismo una contradicción insoluble para el sostenimiento a largo plazo de la rentabilidad del capital: las nuevas tecnologías, empleadas progresivamente en los procesos productivos, no añaden un valor suplementario a las mercancías. Conforme se usan mejores máquinas, equipos tecnológicos más sofisticados y métodos productivos más eficientes, menos valor hay en cada mercancía y más dificultosa se vuelve la reproducción «provechosa» del capital. Pero la inmisericorde lucha competitiva empuja incesantemente a los dueños del capital a utilizar tecnologías que reemplacen el trabajo humano y a aumentar la explotación de éste, como vías primordiales para compensar la irremediable pérdida del flujo del que mana su menguante rentabilidad.

Esta configuración contradictoria, someramente esbozada, refleja la creciente incapacidad del capitalismo para maximizar el grado de explotación de los trabajadores y asegurar, simultáneamente, la realización del valor de cambio de las mercancías mediante su venta. De esta manera, el capitalismo destruye sus propias bases de subsistencia desde el inicio de su existencia y las finanzas representan el «marcador» que mide esa brecha.

Frente a la agregación indiferenciada de las actividades económicas reflejada en las estadísticas macroeconómicas oficiales, con el sacrosanto PIB en lugar destacado, y la omisión absoluta de tal distinción en la teoría ortodoxa, Michael Roberts subraya la necesidad, para entender la dinámica degenerativa de la acumulación de capital, de

distinguir entre actividades productivas –generadoras de plusvalor– e improductivas –que absorben plusvalor–:

«Medir la expansión relativa de las actividades productivas e improductivas es crucial para medir el potencial de crecimiento de la economía capitalista. De hecho, una parte creciente de la actividad improductiva ejercerá un efecto a la baja en la rentabilidad del capital a lo largo del tiempo».¹¹

Por tanto, el descenso progresivo de la rentabilidad del capital y la tendencia a las crisis de creciente virulencia son el resultado de un doble proceso: la progresiva sustitución del trabajo vivo por trabajo muerto, «solidificado» en la maquinaria, y el desarrollo creciente de actividades improductivas –la mayor parte de los servicios, de las actividades comerciales y del sector público, con la excepción destacada del transporte– que absorben la mano de obra excedente y procuran nuevos nichos de mercado a los sedientos capitales libres, pero no contribuyen suficientemente a la regeneración del sistema.¹²

En esos insolubles cuellos de botella de la acumulación de capital es donde se encuentra la raíz de la hipertrofia financiera y de la plétora de burbujas explosivas en los mercados de activos, fundamentalmente inmobiliarios.

Anselm Jappe describe las consecuencias de una acumulación deficiente y su interacción con la creciente hipertrofia de la finanza y del crédito:

«Sólo el aumento continuo de la producción de mercancías puede contrarrestar el hecho de que cada mercancía contiene cada vez menos

11. Michael Roberts, «El valor en el Pib», *Sin Permiso*, 1-2-2020. Disponible en línea: <https://www.sinpermiso.info/textos/el-valor-en-el-pib>.

12. Sin querer entrar aquí en absoluto en los interminables y bizantinos debates entre los teóricos marxistas acerca de las causas, la variada tipología –sobreproducción, subconsumo, baja rentabilidad, sobreacumulación, etc.– de las crisis capitalistas y sobre la, no menos estéril, cuestión del derrumbe definitivo del sistema resulta, en mi opinión, aún recomendable para familiarizarse con las nociones básicas acerca de los mecanismos de la reproducción del capital y de las causas de las crisis el –en muchos otros aspectos muy cuestionable– texto clásico de Sweezy de 1942: Paul Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, pp. 149 y siguientes.

valor, y por lo tanto también menos plusvalor, traducible en dinero. En las últimas décadas, una acumulación deficiente ha sido sustituida por la “simulación” a través de la finanza y el crédito. Ahora, esta forma de vida bajo perfusión del capital encontró también sus límites y la crisis del mecanismo de la valorización parece ahora irreversible».¹³

A pesar del espejismo de la «simulación» encarnada en la multiplicación infinita de las entelequias financieras, estamos ante la actividad más improductiva concebible, cuyo único sustento es la confianza ciega en la generación de riqueza real futura que honre las apuestas del casino global. Cada vez es mayor por tanto la carga financiera que soporta la producción de plusvalor: el valor de los títulos financieros, como derechos de giro sobre el valor futuro. Como dice David Harvey, la conversión lucrativa del dinero excedente que demanda su «libra de carne futura».¹⁴

Los datos corroboran contundentemente la tendencia descrita: nunca antes el endeudamiento global y la descomunal carga de intereses que conlleva han tenido la magnitud y el peso económico que representan actualmente.¹⁵

El presente trabajo trataría pues de responder a tales cuestiones neurálgicas acerca de la estrecha interacción entre el crecimiento desenfrenado de las finanzas modernas –las «entrañas de la bestia»– y la trayectoria degenerativa del modo de producción capitalista.

¿Cuál es exactamente la conexión entre las profundas transformaciones sufridas por los mecanismos de generación e integración de la

13. Anselm Jappe, «¿Libres para la liberación?», *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, 5(5), pp.394-403, 2016. Disponible en línea: <http://constelaciones-rtc.net/article/view/836>.

14. David Harvey, *Marx, El capital y la locura de la razón económica*, Madrid, Akal, 2019. Tomado de Paula Bach, *Crisis económica mundial: el lugar de las deudas y el día después*, Ideas de Izquierda, 10-5-2020. Disponible en línea: <http://www.izquierdadiario.com.ar/Crisis-economica-mundial-el-lugar-de-las-deudas-y-el-dia-despues>.

15. La deuda global alcanzó en el primer trimestre de 2019 la friolera de 255 billones de dólares, situando la ratio de apalancamiento con respecto al PIB mundial –omitiendo la banca en la sombra y el castillo de naipes de derivados y demás productos de ingeniería financiera– en el 322%, según los últimos datos dados a conocer por el Instituto Internacional de Finanzas. Se estima que la devastadora crisis actual de la Covid-19 provocará que se dispare al menos al 365% en 2020.

producción del dinero y de la deuda en los flujos económicos y la evolución global del sistema de la mercancía en los dos últimos siglos? ¿Cuáles son las consecuencias para las condiciones de vida de las clases populares y para la autonomía de las instituciones sociales y políticas de la presencia masiva de los mecanismos de expropiación financiera que pugnan por sostener la reproducción ampliada del sistema?

En resumen: ¿Qué papel tiene el dinero, o mejor, su modo de producción y circulación, en esta aguda asimetría entre las capacidades que podría tener el sistema económico, adecuadamente organizado para servir las necesidades de las personas, y la profundamente insatisfactoria concreción real de esas capacidades en el capitalismo?

Antes de adentrarnos en tan intrincados asuntos es perentorio hacer una sombría constatación.

Pese a tratarse del elemento material más importante de la vida social, no existe ningún otro ámbito donde el manto de desconocimiento y de tergiversaciones con el que se cubre su auténtica naturaleza sea más espeso que en todo lo relacionado con el «objeto por excelencia».

Las cuestiones básicas sobre la forma de generación del dinero, de la deuda y acerca de sus neurálgicas funciones en el capitalismo actual son ignoradas completamente por la inmensa mayoría de la población, directamente afectada por sus efectos.

«Una de las constataciones más impactantes de la última fase de la evolución del capitalismo es la total incompreensión de la naturaleza del dinero en nuestras sociedades».¹⁶

Esta contundente afirmación de la economista keynesiana Ann Pettifor expresa de forma fehaciente la ignorancia generalizada por parte de la ciudadanía acerca de todos los aspectos sustanciales relacionados con el elemento material más esencial de la ardua subsistencia cotidiana.

En una sociedad furibundamente consumista, donde los «soberanos» consumidores hacen gala de un minucioso conocimiento del enorme abanico de bienes y servicios a su alcance, subyugados por la exuberancia de la plétora de mercancías que reclama su atención, cae

16. Ann Pettifor, *La producción del dinero*, Barcelona, Libros del Lince, 2017.

empero un tupido velo sobre todo lo referido a la «inteligencia colectiva» que regula el metabolismo social y sobre la generación y las funciones del «poderoso caballero», requisito imprescindible para obtenerlos.

No entendemos el mundo en el que vivimos.

Según una encuesta promovida por una organización en pos del «dinero honesto y el progreso social» –curioso oxímoron–, el 74% de los ciudadanos cree que el dinero que tienen en el banco es legalmente suyo y no del banco y alrededor del 61% sostiene la idea de que los bancos son simples intermediarios, que canalizan el ahorro hacia la inversión mediante la reserva fraccionaria y que el dinero «de verdad» lo crea el banco central –la poderosa y falaz metáfora de la impresora de billetes–.¹⁷

Las consecuencias de esta ignorancia masiva acerca del regulador más importante del metabolismo social no son en absoluto desdeñables.

El desconocimiento inducido de los aspectos básicos de los engranajes de la fábrica de dinero moderna y la incompreensión absoluta de sus interacciones con los procesos económicos explican, muy probablemente, la docilidad con la que la mayor parte de la ciudadanía se embarca en conductas rayanas en lo temerario, auténticos dislates explicables únicamente por esa ignorancia financiera supina.

La descomunal burbuja inmobiliaria de la primera década del siglo XXI, cuya explosión provocó el colapso de todo el sistema financiero mundial y arrojó a los ignaros deudores al torbellino de impagos, desahucios y de destrucción de sus condiciones básicas de subsistencia, no se explica sin esa realidad de ignorancia financiera generalizada. Sirva como botón de muestra el desconocimiento total acerca de la significación real de la estructura fraudulenta y abusiva del festín hipotecario en el que «alegremente» se embarcaron millones de españoles.¹⁸

Aspectos relacionados con el funcionamiento de los tenebrosos mercados financieros, poderes ignotos cuya furia –véanse las recientes crisis de las hipotecas *subprime* o de la «prima de riesgo»– causa desastres sin cuento, resultan de una complejidad amedrentadora para los directamente concernidos por sus temerarias acciones.

17. The Cobden Centre, *Public Attitudes to Banking*, junio 2010. Disponible en línea: <https://www.cobdencentre.org/2010/06/public-attitudes-to-banking/>

18. Véase más adelante el punto 3.5.3.

Episodios trágicos, simbolizados en la desesperación contenida en la súplica «¿dónde está mi dinero?», proferida por legiones de ahorristas durante el «corralito» argentino de 2001; en las nefastas consecuencias de la inconsciencia con la que legiones de españoles se lanzaron en pos del libidinoso sueño propietario o en la pasmosa ingenuidad y credulidad de los pequeños inversores estafados con las ominosas participaciones preferentes, reflejan las dramáticas consecuencias de la masiva ignorancia acerca de los mecanismos reales de la expropiación financiera que ejercen las finanzas modernas.¹⁹

Por no mencionar de nuevo la esencia fraudulenta del producto estrella de la relación entre la ciudadanía y las instituciones financieras: el crédito hipotecario, que representa el principal capítulo de gasto de las economías domésticas en un país donde el 80% de las viviendas son en propiedad y el alquiler tiene un peso aún residual.

Recordemos las «preclaras» sentencias –«alquilar es tirar el dinero» o «la vivienda nunca se deprecia»– con las que se engatusaba a los incautos deudores y se justificaba la apuesta por el mito propietario, el fetiche pequeñoburgués y el vehículo de domesticación social por excelencia.

Sería realmente entre curioso y trágico escuchar las escurridizas respuestas de los sufridos hipotecados de por vida ante unas, tan sencillas como desasosegantes, preguntas: ¿cuál es la justificación real de la prerrogativa del banco prestamista de ejecutar la garantía de la vivienda como prenda del crédito, causante de centenares de miles de desahucios en la última década?, ¿qué derecho legítimo asiste al banco, más allá de la pura coerción financiero-legal, para reclamar la ejecución de la hipoteca ante el impago, cuando creó el dinero del supuesto préstamo del «puro aire»?²⁰

Incluso cuestiones más cotidianas, pero con implicaciones enormes sobre el uso de los medios de pago que subviene nuestra subsistencia, permanecen en la más absoluta penumbra. La redoblada guerra contra el efectivo, emprendida por los mastodontes de la banca privada, y las nuevas aplicaciones de pagos de los gigantes de Inter-

19. «El fraude de las preferentes en España», *Consumoteca*, 2017. Disponible en línea: <https://www.consumoteca.com/economia-familiar/fraude-las-preferentes-espana/>

20. Véase más adelante el punto 2.3.1.

net, en pos de monopolizar el control de la generación y la distribución del dinero-deuda electrónico, excluyendo el dinero público libre de deuda de la circulación, carecen, casi por completo, del más mínimo análisis sobre sus implicaciones para la creciente expropiación financiera de la inerme ciudadanía.

El cándido ciudadano que elogia ufano la comodidad embriagadora del pago con el móvil, frente al engorroso y vetusto efectivo, expresaría sin duda su pasmo al conocer la realidad de los intereses «ocultos» generados por el dinero electrónico, que esquilman inadvertidamente sus magros ingresos.

Ni que decir tiene que todo lo anterior no es ni mucho menos casual: las entrañas de la bestia han de permanecer bien ocultas.

Los mecanismos a través de los cuales la forma de producción y de distribución del «Dios Dinero» ejerce una influencia sin parangón sobre las condiciones de vida de la población, así como la estructura institucional que sustenta el sistema financiero en el capitalismo financiarizado, se hurtan ostensiblemente del debate público y son tergiversados en los centros de adoctrinamiento neoliberal en los que se han convertido las facultades de economía donde se «forman» los epígonos de la maltratada ciencia lúgubre de los economistas clásicos.

Se trata de un hecho crucial, ya que precisamente el perfeccionamiento de los mecanismos de expropiación financiera es el rasgo medular de la matriz de rentabilidad del capitalismo financiarizado.

La creciente dependencia del endeudamiento para cubrir las necesidades básicas, los formidables niveles de desigualdad de rentas y de riqueza y la erosión acelerada de los mecanismos correctores, a través de las palancas redistributivas del Estado del bienestar, tienen estrecha conexión con la forma de producción e inyección del dinero en la economía actual.

El proceso de creación del dinero y la deuda, sus funciones en los engranajes de la vida económica y, en fin, la privatización casi absoluta de su distribución por las venas y los nervios del organismo social representan por tanto ámbitos tan neurálgicos como ajenos al escrutinio público.

Y sin embargo, los rasgos básicos y los mecanismos a través de los cuales opera la sala de máquinas del sistema financiero, una vez

disipadas las mistificaciones de la teoría económica ortodoxa y del discurso del capital, propagado machaconamente a través de los altavoces político-mediáticos, no resultan en absoluto tan crípticos como para impedir su comprensión cabal por los concernidos por sus efectos.

El heterodoxo John Kenneth Galbraith, autor de un ameno texto divulgativo sobre la historia del «poderoso caballero», resalta el trasfondo del subterfugio:

«El estudio del tema del dinero, por encima de otros campos económicos, es el tema en el cual la complejidad se utiliza para disfrazar la verdad o para evadirla, en vez de revelarla».²¹

El éxito abrumador del empeño de oscurantismo monetario sería pues imposible sin la activa complicidad de la disciplina cuya misión principal debería ser precisamente la de iluminar los intrincados procesos de la producción y la distribución del excedente social en aras de un control racional de los recursos naturales y de los productos del trabajo para, como rezan los luminosos versos de Federico García Lorca: «hacer que se cumpla la voluntad de la tierra, que da sus frutos para todos».

Nada más lejos de la realidad.

La teoría económica neoclásica, omnipresente en el discurso del capital, distorsiona completamente el estudio de la naturaleza y de las funciones del dinero y de la deuda en su formidable construcción lógico-matemática.²²

21. John Kenneth Galbraith, *El dinero. De dónde vino y adónde fue*, Barcelona, Ariel, 2014, p. 13.

22. Por mor de simplificación, y para no entrar en nimias disquisiciones de cariz más bien escolástico, en este texto utilizaremos los calificativos «ortodoxa», «neoclásica» y «marginalista» indistintamente para referirnos a la doctrina económica convencional. El «monetarismo» sería la principal variante monetaria de esa ortodoxia. A buen seguro que los herederos de Von Mises, los llamados «austriacos», protestarían enérgicamente por su exclusión de esta sucinta taxonomía. No obstante, consideramos que, *grosso modo*, la doctrina que tan aguerridamente profesan no deja de ser una variante minoritaria y, en el fondo, más allá de algunas excentricidades, entre las que destacan la defensa del patrón oro o de la desaparición del banco central, escasamente diferenciable del neoclasicismo hegemónico.

Valga como botón de muestra de la manera tan eficaz en la que se atizan los mitos populares sobre la creación de dinero, la siguiente afirmación de Milton Friedman, el *pope* del monetarismo, la doctrina más en boga en la profesión de economista, en las tribunas mediáticas y –aunque ahora se considere de buen tono abjurar sonoramente de sus rígidos y crueles preceptos– en los altos despachos de los todopoderosos banqueros centrales.

«La función mayor de la Reserva Federal es determinar el suministro de dinero. Tiene poder para aumentar o disminuir el suministro de dinero de todos los modos que ella escoja».²³

El hecho de que actualmente el 97% del circulante en las economías desarrolladas sea dinero-deuda generado por la banca privada y la evidencia de que los bancos centrales han renunciado explícitamente al control de la oferta monetaria ilustran la magnitud de la falacia cometida –sin duda, con pleno conocimiento de causa– por el *alma mater* de los Chicago Boys, el economista más influyente del último medio siglo.

Aunque pueda resultar asombroso para un profano, la ortodoxia de la economía neoclásica considera asimismo que «el dinero no importa» en la determinación de las magnitudes económicas básicas. Se trata de un elemento exógeno y neutral, sin influencia en los aspectos económicos reales, como la producción y el empleo, y totalmente ignorado en los sofisticados modelos que describen los sacrosantos equilibrios en los mercados y la determinación de los precios relativos.

El economista británico John Stuart Mill, más conocido por sus teorías político-morales que por el rigor de sus análisis económicos, resume elocuentemente la posición oficial:

«En resumen, no puede haber una cosa intrínsecamente más insignificante [sic] en la economía de la sociedad que el dinero: un artificio para ahorrar tiempo y trabajo. Es un artefacto para hacer, rápida y cómodamente, lo que se haría, aunque de manera menos rápida y cómoda, sin él».²⁴

23. Tomado de James K Galbraith, «El colapso del monetarismo y la irrelevancia del nuevo consenso monetario», *Ola Financiera*, 1 (1), septiembre 2008. Disponible en línea: http://www.olafinanciera.unam.mx/new_web/01/pdfs/Galbraith-OlaFin-1.pdf.

24. John Stuart Mill, *The Collected Works of John Stuart Mill, Volume IV – Essays*

Así pues, para la teoría económica ortodoxa el dinero es «una cosa intrínsecamente insignificante». Y, naturalmente, lo insignificante es preferible ignorarlo, para que no estropee las formidables formalizaciones matemáticas de los reputados y «nobelizados» teóricos de la economía.

Pues bien, el cometido principal del presente texto es demostrar precisamente lo contrario: el dinero –su modo de producción e inyección en el circuito económico–, lejos de ser un velo del mundo real de la producción o un mero lubricante de los intercambios, es el combustible que alimenta la sala de máquinas de la acumulación y la llave maestra de la matriz de rentabilidad del capitalismo actual. Y por lo tanto también representa la encarnación de sus propios límites.

Dicho de la forma más directa posible, la cuestión a plantearse sería pues la siguiente:

¿A través de qué mecanismos el dinero deviene un elemento material, el más relevante de la actual organización social, que sirve de herramienta de poder al servicio del interés privado?

Podríamos partir de la constatación de que la evolución acelerada en el mecanismo de generación del dinero moderno ha sido la principal innovación del capitalismo en pos de sostener su menguante rentabilidad. Y también su principal rasgo patológico. La muleta del capital en su huida hacia adelante y en su desquiciamiento progresivo.

Nunca los niveles de deuda y el extraordinario desarrollo de los mercados financieros habían alcanzado las dimensiones actuales ni habían tenido un protagonismo tan relevante en el sostenimiento de la anémica rentabilidad del capital, en detrimento de la producción de cosas útiles para la gente.

«Esto pone en cuestión sus propios criterios de eficacia, en el sentido de que el capitalismo consigue cada vez menos traducir en mercancías rentables las necesidades hoy dominantes, se trate de salud, educación, alojamiento, calidad de vida, y sobre todo, por definición, de tiempo libre».²⁵

on *Economics and Society Part I*, ed. John M. Robson, Toronto: University of Toronto Press, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1967. Disponible en línea: <https://oll.libertyfund.org/titles/244>.

25. Michel Husson, «Tras la edad de oro», en G. Achcar (ed.) *The legacy of Ernest Mandel*, Londres, Verso, 2000. Disponible en línea: <http://hussonet.free.fr/edadoro.pdf>.

Planteémonos pues, descorriendo la tupida pátina de ocultación desplegada por la «música celestial» de la teología económica, las cuestiones esenciales sobre el papel del «poderoso caballero» en la sala de máquinas de la acumulación de capital.

¿De qué forma se han ido transformando los mecanismos de creación e inserción del dinero en el circuito de la acumulación, en su pugna continua por responder a las acuciantes necesidades de sostenimiento de la rentabilidad del sistema? ¿Cuál ha sido el papel del hecho monetario en la naturaleza cíclica, con auges y depresiones de creciente virulencia, y degenerativa, con niveles de deuda y desigualdades sociales sin precedentes, del capitalismo contemporáneo? ¿Qué tipo de conexión existe, en fin, entre la extraordinaria financiarización de la economía actual y la crisis crónica arrastrada por el sistema capitalista, al menos en el Centro global, desde el final de los «Treinta Gloriosos», a principios de los años 70?

Destacaremos sumariamente dos mecanismos básicos a través de los cuales la evolución institucional de los mecanismos de creación e inyección del dinero en los circuitos económicos se ha ido acoplando –siempre de manera incompleta y problemática– a las necesidades de la acumulación de capital: la irrupción de la banca central moderna en la cúspide del sistema financiero, fungiendo de prestamista de última instancia del sistema bancario privado, gracias a su condición de emisor monopolista de la moneda de curso legal, y la «apertura de compuertas» de los formidables flujos de liquidez y de deuda, generados por la banca comercial del «puro aire», hacia los canales de la financiación crediticia y la nebulosa de los mercados de capitales.

Tales son los pilares de la moderna fábrica de dinero.

La financiarización –y su correlato político: el permanente ajuste *fondomonetarista*– es por tanto, en gran parte, la expresión de un fracaso: la incapacidad del capital, al menos en su núcleo central, de mantener tasas de ganancia y niveles de acumulación adecuados a sus necesidades de reproducción ampliada.

Y el desarrollo progresivo de los instrumentos financieros a través de los cuales la banca central y la banca privada se han erigido en las vigas maestras del sistema, pugnando por sostener a duras penas el entramado, es la respuesta a este fracaso.

La actuación sin cortapisas de las fuerzas contradictorias de la acumulación capitalista descritas por Marx –destacadamente, la sustitución acelerada de trabajo vivo por trabajo muerto, génesis de su creciente dificultad para sostener niveles adecuados de rentabilidad y de la decadencia del trabajo productivo– estaría llevando al organismo social a un callejón sin salida: las finanzas insuflaron la savia bruta necesaria para sostener las cuentas de resultados, pero lo lograron a costa de una peligrosa mutación del sistema hacia las actividades parasitarias y el rentismo financiero, rasgos que caracterizan el actual paradigma basado en las burbujas de activos y en la exacerbación de los niveles de desigualdad y de exclusión social.

Tal condición degenerativa se constata asimismo en un hecho crucial: las finanzas no generan valor por sí mismas, sino que, a lo sumo, pueden contribuir a su generación a través del crédito productivo –actualmente en declive ante la absoluta supremacía del crédito hipotecario– y a la financiación empresarial.

El crédito bancario no genera valor nuevo, sino que anticipa el valor futuro sobre la base de ingresos laborales y beneficios esperados, pero aún no realizados: los ingresos financieros representan de este modo un «giro sobre la plusvalía futura». La crisis estalla ineludiblemente cuando esa expectativa se trunca.

«He aquí por qué en la concepción vulgar de la gente se considera el capital-dinero, el capital a interés, como el verdadero capital, como el capital por excelencia».²⁶

En efecto, este parece capaz de procurar un beneficio ilimitado, independiente de la explotación de la fuerza de trabajo. Pero se trata de un espejismo.

Estos nexos explicativos permiten resaltar otro hecho capital, de gran relevancia en la elaboración de propuestas y políticas alternativas: el denostado capital especulativo es un complemento indisociable del mortecino capital productivo y no su antagonista. La exageración, con la que se recrean la mayor parte de las fuerzas político-sociales sedicentemente progresistas, del nefario papel del

26. Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, vol. 3, p. 1058. Tomado de: <https://cutt.ly/KslzAsL>.

«especulador», convertido en la encarnación diabólica de los males del sistema, refuerza la imagen superficial y errónea del capitalismo contemporáneo como un universo virtual de intercambios monetarios.

La insistencia machacona en la denuncia de la especulación financiera, que simbolizaría la condición parasitaria del apéndice de las finanzas frente a un idealizado capitalismo productivo, parte de esa idea errónea de la condición autónoma del universo de las finanzas globales. De este modo, se transmite la falsa impresión de que es posible acabar con los males del sistema extirpando únicamente la ominosa especulación, para así poder retornar al idealizado capitalismo del «tendero».

La interpretación marxista de la financiarización se basa, por el contrario, en la teoría del valor, que explica cómo el funcionamiento «saludable» del capitalismo depende de la explotación creciente del trabajo asalariado y del acrecentamiento del flujo de plusvalor que de él se obtiene. Las actividades financieras deberían facilitar este objetivo, mediante el desarrollo de una esfera circulatoria que garantizara, a través de su redistribución entre los distintos capitales y de la financiación de la actividad productiva, la continuidad y la consumación del proceso de apropiación privada del valor creado y no remunerado a los trabajadores.

«Si los bancos cumplen un rol estratégico y la moneda incluye una gama tan variada de medios de circulación y pago, es porque las necesidades de liquidez se amplían con el desarrollo de la acumulación. En este desenvolvimiento, cada vez más acuciante, y no en las conductas “miméticas” de los especuladores radica la clave del rol contemporáneo de la moneda. La heterodoxia no puede conceptualizar adecuadamente este papel porque ignora que *la dinámica del dinero está determinada por el curso de la producción* y por el desenvolvimiento de los medios de circulación y pago, como equivalentes del valor creado en ese ámbito».²⁷

27. Claudio Katz, «Enigmas contemporáneos de las finanzas y la moneda», *Revista Ciclos*, Año XII, Vol. XII, número 23, primer semestre de 2002, pp.191-219, cursivas mías. Disponible en línea: http://bibliotecadigital.econ.uba.ar/download/ciclos/ciclos_v12_n23_06.pdf.

El dinero es, por lo tanto, el único medio del que dispone la sociedad capitalista para validar el trabajo social y hacer viable la reproducción del capital.

Y para desentrañar sus «secretos» es perentorio abandonar el mito del dinero-lubricante de los intercambios, que propugna contra viento y marea la ortodoxia, para internarnos en el corazón de la bestia: el dinero en su «nueva determinación» como capital deviene alfa y omega de la reproducción social, la encarnación del poder en una sociedad clasista.

La historia del capitalismo podría desplegarse pues a través de la descripción de la progresiva y problemática imbricación entre los engranajes de los mecanismos de producción y distribución del dinero y la inyección de esos flujos financieros en el circuito monetario de producción de mercancías.

Sólo a través de este *tour de force* resulta inteligible la estrecha conexión entre el protagonismo creciente del crédito bancario y de las entelequias que pululan por la nebulosa de los mercados financieros y las dificultades de revitalización de los agostados canales tradicionales de la acumulación de capital.

La etapa tardía del capitalismo invierte pues los conceptos claves de la economía política clásica.

Lo que se consideraba improductivo –el parasitismo de la clase rentista, exacerbado hasta el paroxismo por la financiarización– se convierte en el eje principal de la estructura económica de las sociedades desarrolladas. Y lo que se consideraba tradicionalmente el sector productivo de la economía es tratado como una rémora en la que el capital aún se tiene que «manchar» de trabajo humano.

El objetivo de una política económica progresista era, para los economistas clásicos:

«Liberar las economías de los inmerecidos ingresos por alquiler y los crecientes precios del suelo de los que los arrendatarios se benefician “mientras duermen», según explicaba Stuart Mill».²⁸

28. Michael Hudson, «Elogiar al uno por ciento: ¿tan buena es la desigualdad para la economía?», *Sin Permiso*, 24-9-2016. Disponible en línea: <https://www.sinpermiso.info/textos/elogar-al-uno-por-ciento-tan-buena-es-la-desigualdad-para-la-economia>.

Resulta palmario que el ilustre filósofo liberal no se distinguía por sus dotes proféticas: el capitalismo financiarizado es el paraíso de las rentas «no ganadas» por aquellos que se enriquecen «mientras duermen».

Roberts califica el capitalismo actual de «mundo fantástico», irracional, carente de lógica incluso según sus propias premisas:

«Ahora estamos en un mundo económico donde parece que hay una especie de “pleno empleo», pero con estancamiento de los salarios reales, bajas tasas de interés e inflación y, sobre todo, una inversión productiva baja. Por el contrario, el mercado de valores de Estados Unidos se dirige a nuevos máximos. La deuda corporativa está aumentando rápidamente a nivel mundial con la emisión de obligaciones de las principales compañías a bajas tasas de interés con el fin de volver a comprar sus propias acciones y así aumentar su precio y continuar la fiesta».²⁹

Estamos pues ante un organismo enfermo, desquiciado, que ya no cumple con su función primordial, ensalzada por los apologistas del capital, de aumentar el bienestar general a través de la producción de mercancías útiles para la satisfacción de las necesidades humanas.

A partir de la constatación anterior nos acercamos más a la respuesta de la pregunta inicial acerca de los motivos reales del agudo contraste existente entre el enorme desarrollo de las fuerzas productivas, en el actual estadio de la acumulación de capital, y la crecientemente injusta distribución de sus dones entre sus partícipes.

Las implicaciones de la configuración descrita penetran hondamente en la patológica situación político-social generada por el capitalismo en su fase neoliberal.

¿Cuáles son los efectos sobre la realidad social de nuestras convulsas sociedades «desarrolladas» del nuevo paradigma de rentismo financiarizado, consumado bajo la égida de la fábrica de dinero moderna? Sin duda cabría destacar un hecho esencial para la estabilidad del pacto social y del sistema democrático representativo en los países occidentales.

El capitalismo ha logrado salir del atolladero al que le conducía la menguante acumulación del último medio siglo a costa de sacrificar

29. Michael Roberts, «El mundo fantástico de la Larga Depresión», *Sin Permiso*, 26-3-2019. Disponible en línea: <https://www.sinpermiso.info/textos/el-mundo-fantastico-de-la-larga-depresion>.

gran parte de los aspectos que le otorgaban legitimidad a los ojos de los trabajadores: el sueño húmedo propietario de la clase media universal y el sostenimiento de unos niveles de consumo acordes con el *american way of life* eran los portadores de la ilusión del acceso al bienestar de las masas y tenían asimismo el «benéfico» efecto de desactivar el peligroso antagonismo del antiguo proletariado. Sin embargo, la degradación de las condiciones de vida y de trabajo, destacadamente las de las cohortes juveniles, durante la actual fase neoliberal supone una peligrosa quiebra de esa ilusión de confort de consecuencias potencialmente explosivas.

El «talón de hierro» del ajuste neoliberal-monetarista no sólo ha provocado una laminación extraordinaria de la capacidad de la esfera político-estatal para desarrollar políticas redistributivas de cariz keynesiano, sino que ha propulsado asimismo la metamorfosis de la matriz de rentabilidad del capitalismo hacia la hegemonía del rentismo parasitario.

La amputación de las palancas fiscales redistributivas que gestaron el Estado del bienestar y la creciente dependencia de las entidades financieras para financiar el gasto público, a través de la «máquina de succión» de la deuda soberana, producen un agudo incremento de la desigualdad de rentas y de riqueza en el capitalismo maduro.

La separación en compartimentos estancos de la política fiscal y la política monetaria pone de rodillas al Estado moderno frente a los caprichos de los mercados financieros. Los desvalidos gobiernos, carentes de soberanía monetaria, son empujados hacia las voraces fauces del capital financiero, ante la imposibilidad de financiarse directamente a través del banco central. Un ejemplo paradigmático es el artículo 104.1 del infausto Tratado de Maastricht de 1992, que significó la refundación de la Unión Europea y el acuerdo para la creación del euro.³⁰

30. «Queda prohibida la autorización de descubiertos o la concesión de cualquier otro tipo de créditos por el Banco Central Europeo y por los bancos centrales de los Estados miembros, denominados en lo sucesivo "bancos centrales nacionales», en favor de instituciones u organismos comunitarios, Gobiernos centrales, autoridades regionales o locales, u otras autoridades públicas, organismos de Derecho público o empresas públicas de los Estados miembros, así como la adquisición directa a los

Los rasgos descritos de los distintos niveles de la «máquina de succión» de las finanzas modernas –y otros, aún más flagrantes, como los paraísos fiscales, auténticos agujeros negros del fraude fiscal, del lavado de dinero procedente de la delincuencia organizada y de los flujos financieros globales sustraídos del control público– generan un agudo deterioro de la cohesión social y una fractura creciente entre los rentistas que se «enriquecen mientras duermen» y la masa de trabajadores jóvenes y precarios que carecen de acceso a los bienes básicos, con la vivienda en lugar prominente, que garantizarían la viabilidad de la construcción de un proyecto de futuro.

El hecho sociológico más relevante del capitalismo «con rostro humano», característico de los añorados «Treinta Gloriosos», fue el desarrollo de una clase media patrimonial. Tal revolución sociológica representó, según Piketty, la «principal transformación estructural de la distribución de la riqueza en el siglo xx».³¹

El peligro de erosión vertiginosa de ese colchón amortiguador debido a la creciente polarización social, agudizada tras la crisis de la última década, junto con la creciente fragmentación y precariedad de la clase trabajadora son las causas profundas del movimiento de placas tectónicas que amenaza con romper la cohesión social de las naciones «civilizadas avanzadas».

El rentismo financiero e inmobiliario, propulsado por la centralidad de la fábrica de dinero-deuda en la generación de rentabilidad extra para los anémicos capitales, que sustituye a la economía productiva y al obrero fabril como eje de la vida económica, es pues un vector fundamental de degradación social.

«Lo importante es que estos procesos afectan diariamente a la gente; aumenta la tasa de explotación laboral, las jornadas de trabajo, los recortes en la seguridad social, en la asistencia médica y en la educación; y todo ello se debe a que la parte más importante de la remuneración de los capitales, en el casino global, es fruto del trabajo humano».³²

mismos de instrumentos de deuda por el BCE o los bancos centrales nacionales».

31. Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 285.

32. Enric Llopis, «Entrevista a Paulo Nakatani», *Rebelión*, 21/7/2016. Disponible

Y el desconocimiento abrumador por parte de la población, directamente afectada por sus efectos, de las causas profundas de esa palpable degradación social provoca el creciente protagonismo de irracionalismos ideológico-políticos de variado pelaje. La sublimación del malestar social difuso, ante la incomprensión de sus causas, engendra la hidra del fascismo rampante.

Los pequeños rentistas, encarnación del viejo mito franquista de la sociedad de propietarios, sobresaltados por las sacudidas de las crisis continuas y preocupados por su deterioro patrimonial, por sus pensiones futuras y por el precariado al que se ven abocados sus descendientes, son pues el caldo de cultivo que alimenta el cacareado avance del populismo criptofascista.³³

En este punto surgen las preguntas decisivas para la viabilidad de un proyecto reformista, integrado en las instituciones democráticas, que aleje el siniestro espectro de la fractura social:

¿Es posible reparar la fábrica de dinero para ponerla al servicio de un sistema económico que privilegie las inversiones productivas, que evite el choque con los límites biofísicos del planeta y que potencie los mecanismos redistributivos reduciendo de este modo la desigualdad social?

¿Son viables las medidas paliativas, como la renta básica, las reformas fiscales redistributivas o el trabajo garantizado, que tratan de mitigar los deletéreos efectos de la máquina de succión financiera y de avanzar hacia un capitalismo atemperado e integrador?

¿Están, en definitiva, capacitados los mecanismos institucionales de los sistemas democráticos occidentales para meter en vereda al capital financiero desbocado?

El agudo contraste entre el gran impulso de optimismo que animó al reino del capital durante los «Treinta Gloriosos» y las dificultades subsiguientes para aceptar, desde los años ochenta, que se haya frenado ese benéfico avance, nos lleva, casi agónicamente, a preguntarnos:

en línea: <https://rebellion.org/vivimos-en-la-epoca-del-casino-global-y-el-capital-ficticio/>

33. «No queremos una España de proletarios sino de propietarios». Palabras de D. José Luis de Arrese, Ministro de la Vivienda, en el homenaje que le tributaron los agentes de la propiedad inmobiliaria. *ABC*. Sábado 2 de mayo de 1959. Edición de la mañana, p. 41. Tomado de Archivo Linz de la Transición Española, Fundación Juan March. Disponible en línea: <https://linz.march.es/Documento.asp?Reg=r-73814>.

¿Será aún posible hacer retornar a la botella al «genio malo» del capitalismo?

Un objetivo central del presente trabajo es precisamente tratar de argumentar la esterilidad de tales ilusiones.

¡Qué maravilloso sería, qué duda cabe, poder conseguir, a través de los muy civilizados mecanismos de las reformas legales, la mejora de las condiciones de vida de las mayorías sociales, sometiendo disciplinariamente a las fuerzas ciegas de los «mercados» al control democrático!

La cuestión central que plantearse sería pues, ¿es ello realmente posible?

¿Resulta realista pretender corregir los rasgos más acerbos del capitalismo desquiciado con políticas fiscales y monetarias al servicio de las mayorías o, por el contrario, son estos rasgos la expresión de un organismo crecientemente degenerativo e irreformable que somete férreamente a sus designios a los poderes «soberanos»?

¿Tiene el Estado-Nación actual, despojado de soberanía monetaria y totalmente maniatado por las instituciones de la gobernanza del capital internacional, alguna posibilidad de desarrollar políticas redistributivas eficaces o ha quedado reducido a una mera correa de transmisión de la dictadura de la renta financiera?

La respuesta afirmativa a tales cuestiones contiene el rasgo común a todos los reguladores reformistas: la posibilidad del uso del poder legal del Estado o de las instituciones internacionales como la UE para realizar reformas «correctoras», que pongan coto a los desmanes del capitalismo desquiciado.

Se pretende constituir de esta suerte un campo de juego neutral, que logre colar la ilusión de que, con el timonel adecuado, el control del Estado, como pretendido agente reequilibrador frente al capital, será capaz de voltear las relaciones de poder a favor de las clases subalternas. Joseph Stiglitz, keynesiano de cabecera de la «nueva izquierda» socialdemócrata, expresa la esencia de la ilusión reguladora consustancial al regeneracionismo reformista:

«La reflexión sobre la crisis de 2008 tiene muchas enseñanzas que ofrecernos, pero la más importante es que el problema era –y sigue

siendo– político, no económico: no hay nada que necesariamente impida una gestión económica que asegure pleno empleo y prosperidad compartida».³⁴

Sin duda, un dechado de optimismo y pensamiento «desiderativo».

Ni que decir tiene que del somero análisis aquí esbozado debería desprenderse la futilidad de tales planteamientos.

Vanas y anacrónicas ilusiones que omiten el hecho esencial: el capitalismo regulado y próspero de los añorados «Treinta Gloriosos», la edad dorada que sirve de referente nostálgico a todos los reguladores reformistas fue un periodo excepcional e irrepetible, un paréntesis en la tendencia hacia las crisis de creciente virulencia que caracterizan al capitalismo financiarizado.

La falta de comprensión de este hecho histórico –ya descrito por Marx, cuya tesis del capitalismo degenerativo, progresivamente ahogado en sus insolubles contradicciones, cada vez adquiere más verosimilitud– es la que incapacita a los utópicos reformistas para realizar un diagnóstico correcto de la situación y les sitúa de lleno en la engañosa creencia de la posibilidad de detener, respetando las reglas del juego democrático, los espíritus «montaraces» de las finanzas modernas.

Resulta pues pueril políticamente y del todo contraproducente pedagógicamente ofrecer soluciones dentro del sistema para problemas estructurales como el desempleo, la pobreza o el ecocidio, que sólo podrán afrontarse realmente en un marco de relaciones sociales no capitalista.

Lo cierto es que, a pesar de su apariencia de respetabilidad y pragmatismo, quizás sean más utópicas y desnortadas sus prescripciones y sus anhelos que la defensa de la «socialización de la banca y de los medios de producción» propugnada por los radicales antisistema.

Es pues necesario desvelar el falso espejismo de los reguladores, creyentes en un capitalismo con rostro humano. Porque estas ilusiones no son solamente estériles, son también mala pedagogía popular y contribuyen a ahogar aquello que aún está en ciernes.

34. Joseph Stiglitz, «El mito del estancamiento secular», *El País*, 9-XI-2018. Disponible en línea: https://elpais.com/economia/2018/09/07/actualidad/1536330744_483683.html.

Y representan por tanto obstáculos para el surgimiento de movimientos y luchas verdaderamente antagonistas, que construyan alternativas radicales frente a las crecientemente descoyuntadas relaciones sociales en el capitalismo desquiciado.

«No es posible conseguir mediante reformas que se convierta en amigo de la Tierra un sistema cuya dinámica esencial es la depredación creciente e irreversible».³⁵

Se trata, en fin, de combatir de nuevo los viejos «cuentos de la lechera» reformistas, de los que hablaba Rosa Luxemburgo en su demoledora crítica de la primera versión del revisionismo, formulada por Eduard Bernstein, que cuestionaba sacrílegamente la indiscutible vocación revolucionaria del marxismo y planteaba la posibilidad de un desarrollo armonioso y redistributivo del capitalismo.³⁶

Porque cuando la cosa va realmente en serio, como decía la economista keynesiana Joan Robinson, nada sospechosa, por lo demás, de radicalismo extremista, se acaba cortando el nudo gordiano del mecanismo de apropiación privada del trabajo social:

«Cualquier gobierno que tuviera tanto el poder como la voluntad de solucionar los principales defectos del sistema capitalista, tendría la voluntad y el poder de abolirlo por completo».³⁷

Ante el profundo idealismo de los presupuestos reformistas y la extinción del sueño revolucionario de «asaltar los cielos», mediante la

35. Manuel Sacristán Luzón, *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Barcelona, Icaria, 1987.

36. Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución*, Madrid, Akal, 2015. Disponible en línea. https://www.fundacionfedericoengels.net/images/PDF/Reforma_o_revolucion.pdf. Resulta muy ilustrativo comparar la candente actualidad de las, hoy por desgracia minoritarias, tesis revolucionarias de Luxemburgo, con la utópica candidez del planteamiento revisionista original de Bernstein, actualmente, por el contrario, mayoritario en las fuerzas políticas progresistas. Véase más adelante el punto 5.1.1.

37. Joan Robinson, «Review of R. F. Harrod, *The Trade Cycle*», *Economic Journal*, vol.46, n. 184, diciembre de 1936, pp. 691-693. Tomado de: Jorge Riechmann, *Sobre sustentabilidad y desarrollo sostenible*. Disponible en línea: <https://seipaz.org/wp-content/uploads/06Jorge%20Riechmann%20SOBRE%20SUSTENTABILIDAD%20Y%20DESARROLLO%20SOSTENIBLE.pdf>.

conquista del aparato estatal por parte de la vanguardia de la clase trabajadora, quizás habría que plantearse caminos diferentes para una transformación social radical.

Con tales premisas, tal vez el dilema planteado por la maestra de la escuelita zapatista no parezca ni tan pueril ni tan utópico.